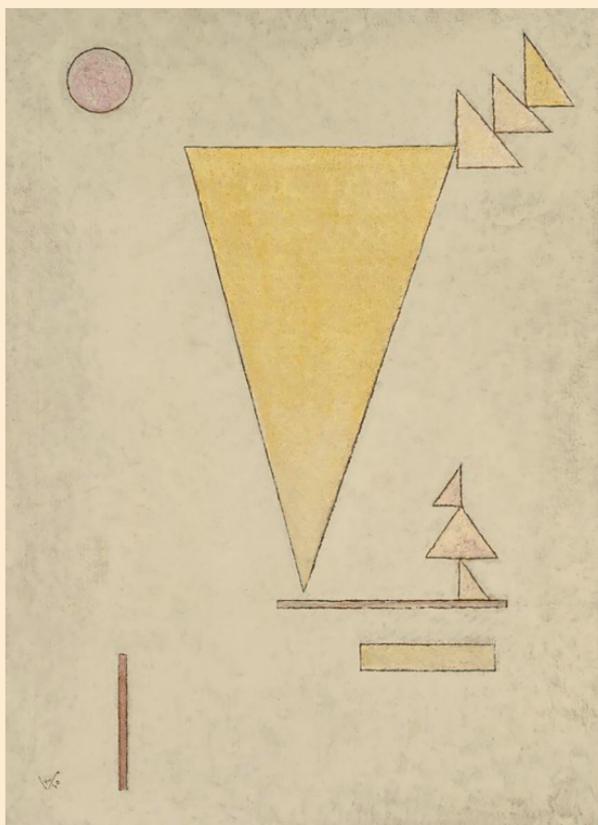


# *La individualidad como motor oculto de la historia*

FERNANDO DEL CASTILLO



C

Editorial Comba



Diez años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2024

Colección Ensayo

*La individualidad  
como motor oculto  
de la historia*

FERNANDO DEL CASTILLO



Editorial Comba

Imagen de la portada:  
Vasili Kandinski, *Blanco* (1930)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Fernando del Castillo Martín, 2024

© Editorial Comba, 2024  
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis  
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-127669-3-6  
DL: B-20.397-2024

# Índice

Introducción	9
La estructura mental. El cerebro autónomo	23
Origen de la individualidad	35
<i>Homo sapiens</i> , ¿último homínido o primer humano?	55
La individualidad se hace reflexiva	71
La mente tribal	85
La mente tribal alcanza su cenit	97
El yo se trasciende (el individuo ideológico)	115
El simbolismo ideológico	133

La sociedad ideológica	149
La deconstrucción del yo ideológico	159
El yo exclusivo. Yo soy yo	181
Obras citadas	201

*A Dori, mi amor infinito*

## Introducción

Existe la opinión generalizada de que el ser humano no ha cambiado desde sus orígenes, para unos divino, para otros de ascendencia evolutiva. Según este criterio, somos en lo esencial iguales desde aquellos momentos iniciáticos y sólo nos diferencia la cultura, la ciencia o las costumbres. Nuestros sentimientos, impulsos y voluntades, incluso la mayoría de nuestras capacidades cognitivas, son los mismos ahora que en el Neolítico, la Antigüedad Grecorromana, el Medievo o el Renacimiento. Hemos modificado nuestra manera de vivir y transformado infinitas veces nuestras sociedades, desarrollado nuevas y avanzadas tecnologías, ganado derechos y libertades, renovado los usos y costumbres, conseguido mejoras sociales e individuales, pero según el estado de opinión general nuestra constitución orgánica y mental, con sus sentimientos, impulsos, voluntades y capacidades cognitivas, no ha cambiado desde nuestros orígenes. La cultura podrá marcar diferencias entre las personas de tiempos diferentes, pero éstas

únicamente serán epidérmicas o accidentales, nunca esenciales ni biológicas.

Esta concepción no sólo es un estado de opinión popular, sino que está presente también en el mundo de la ciencia y del pensamiento en general. Algunos ejemplos significativos pueden servirnos como ratificación de esta afirmación. Sigmund Freud<sup>1</sup> estudiaba los tabúes y prohibiciones de las tribus primitivas con el método psicoanalítico que utilizaba en sus pacientes, el cual le llevó a decir: «Este hombre de la prehistoria es aún, en cierto sentido, contemporáneo nuestro.» Otro padre de la psiquiatría moderna, Carl Jung<sup>2</sup>, declaraba que el inconsciente tiene los rasgos de un ser humano colectivo que está «por encima de las vicisitudes de los tiempos». También destacados neurocientíficos corroboran esta concepción no evolutiva de nuestra especie. Steven Pinker<sup>3</sup>, científico cognitivo y psicólogo experimental, afirma en su conocido libro *Cómo funciona la mente: ¿Aún evolucionamos? Desde un punto de vista biológico, probablemente no mucho... Si la especie aún evoluciona, lo está haciendo de un modo muy lento y nos resulta casi impredecible saber en qué dirección lo hace.»* El autor considera que sí existió una evolución del cerebro —la desarrollada en los homínidos—, pero que dicha evolución desapareció al llegar al estado de *Homo sapiens*. La opinión de otro destacado neurocientífico, Antonio Damasio<sup>4</sup>, no es muy diferente:

---

1 En el apéndice final *Obras citadas* se enumeran las referencias bibliográficas empleadas por el autor (N. del E.).

dice que algunos aspectos de la conciencia «todavía están evolucionando, sin duda en un plano cultural, y con toda probabilidad también en el plano biológico». Sin embargo, no aporta ningún dato que ratifique esta opinión. Y es que, al margen de comentarios más o menos ambiguos, tampoco él cree realmente que exista ningún atisbo de evolución biológica durante la historia de los seres humanos, reduciéndose toda su propuesta a cambios en el plano psicológico o mental en su más amplio sentido.

Destacados historiadores, como Yuval Noah Harari<sup>5</sup>, suscriben esta opinión: «la verdadera diferencia entre nosotros y los chimpancés es el pegamento mítico que une a un gran número de individuos, familias y grupos. Este pegamento nos ha convertido en los dueños de la creación». «Hasta donde sabemos, las gentes que esculpieron el hombre león de Stadel hace unos 30.000 años tenían las mismas capacidades físicas, emocionales e intelectuales que nosotros.» El mundo del arte no se queda fuera del sentir general. Uno de sus más reconocidos historiadores, Ernest H. Gombrich<sup>6</sup>, asevera sin desmayo: «Pocos historiadores, y todavía menos antropólogos, piensan hoy que la humanidad haya experimentado ningún cambio biológico de cierta importancia dentro de los periodos históricos.»

Incluso la ciencia más próxima al problema, como es la paleontología, mantiene el mismo criterio. El prestigioso paleontólogo, azote del darwinismo —que no de Darwin—, Stephen Jay Gould<sup>7</sup>, afirma que no existen datos que indiquen que el cerebro humano

haya experimentado el menor cambio en el curso de los últimos 100.000 años. «Los hombres de Cro-Magnon que pintaron las cuevas de Lascaux y Altamira hace unos 15.000 años eran nosotros.» Rotundo, como solía ser el científico. Dos décadas más tarde José María Bermúdez de Castro<sup>8</sup>, uno de los codirectores de Proyecto Atapuerca, sostiene que a pesar del aumento del tamaño del cerebro en los últimos 60.000 años «podemos descartar diferencias sustanciales entre el cerebro de los primeros miembros de *Homo sapiens* y nosotros mismos». Podríamos seguir citando ejemplos de distintas disciplinas diciendo lo mismo, tan sólo con pequeños matices, pero creemos que estas citas son suficientes.

Esta opinión se fundamenta en tres percepciones: la similitud de los restos fósiles de *Homo sapiens* con la especie humana, lo que supuestamente le humaniza físicamente; el elevado realismo de la iconografía del Paleolítico superior y su elaborada cultura, que le pondera intelectualmente; y la ausencia de evolución biológica en el devenir de la historia humanidad, como hemos visto ratifican especialistas de diferentes disciplinas. Esto genera el siguiente paradigma: sapiens es el primer humano y a partir de él sólo existe evolución cultural sin cambios físicos ni orgánicos transcendentales. La historia de la humanidad es la historia de sapiens en forma de múltiples y variadas formas culturales.

Pero estos tres pilares sobre los que se fundamenta el paradigma presentan numerosas incertidumbres y dudas. Los restos óseos de *H. sapiens* nos descubren una construcción esquelética muy similar a la nuestra<sup>9</sup>:

pelvis y columna vertebral propia de la postura erguida natural; cavidad torácica poco profunda; manos con pulgar oponible; neurocráneo voluminoso con frente amplia y vertical; cara pequeña sin apenas prognatismo; pies con dedos gordos grandes no oponibles; incisivos inferiores de implantación vertical con caninos cortas; molares con cúspide redondeada no puntiaguda. No obstante, a pesar de estas similitudes, muchos paleontólogos señalan que estos datos tienen escaso valor por estar ya presentes en especies anteriores<sup>9</sup>, lo cual les hace perder rigor diagnóstico.

No existe ningún otro dato científico consistente como para confirmar la humanización de *H. sapiens*. La genética resulta poco útil por su variabilidad. Algunos genetistas están intentando identificar genes exclusivos de los humanos para buscarlos en nuestro protagonista, pero esta investigación no parece tener de momento grandes posibilidades dada nuestra variabilidad genética y la regulación multifuncional de los genes, frecuentemente con cometidos cruzados y cambiantes<sup>10</sup>.

Estas valoraciones tan imprecisas se ven reforzadas por la admiración que origina la cultura paleolítica — bifaces muy trabajados que casi son esculturas, útiles de hueso muy especializados, cabañas desarrolladas, enterramientos posiblemente ritualizados, etc.—, y muy especialmente por sus pinturas. La exaltación del naturalismo del arte mural del último periodo del Paleolítico Superior o Magdaleniense — Altamira, Lascaux — es un fuerte argumento en favor de la humanización de sus creadores. Según los expertos, sólo individuos con un

alto desarrollo cognitivo podrían haber realizado esas excelencias plásticas<sup>11</sup>. Valorar la iconografía magdaleniense con los ojos del presente sin profundizar en sus contenidos es cometer un error conceptual. La cultura, con la pintura, de sapiens no surge de forma imprevista, sino que tiene una construcción evolutiva y un recorrido temporal. Son el producto de los trabajos de especies anteriores que van perfeccionando el método hasta alcanzar esa excelencia. Toda la cultura paleolítica es un *continuum* perfectamente inteligible —especialmente la pintura, como veremos detalladamente en el capítulo tercero—, de modo que la historia precedente de *Homo sapiens* la entronca más con los homínidos —homínidos si incluimos a los grandes simios— que con los humanos. Además, la obra gráfica paleolítica, incluida la magdaleniense, está construida exclusivamente con la imagen animal —pintura zoomórfica—, con escasísimos ejemplos de la figura humana —antropomórfica—, que si existe es muy imperfecta o de dudosa calificación. Por ello, no participo de la idea de que la iconografía de sapiens confirme su humanización, sino más bien todo lo contrario, como expondré detenidamente en el capítulo tercero.

Toda esta argumentación imprecisa y poco rigurosa ha permitido que el pensamiento científico se impregne de ciertas reminiscencias religiosas, evidentemente inconscientes, pero que desmerecen al paradigma. Como muy bien decía el paleontólogo Stephen J. Gould, existe la predisposición a hacer de *Homo sapiens* una tendencia obligada de la evolución y convertirle en la

especie elegida, como ocurre incluso desde la ciencia<sup>12</sup>. Esto enervaba grandemente al científico por su alto contenido de supremacía biológica y de referente religioso. Dice la Biblia: «Y creó Dios al hombre a imagen suya, y los creó macho y hembra.» Y a partir de esa creación los seres humanos poblaron la Tierra manteniendo la constitución que la acción divina les había adjudicado. La interpretación —inconsciente— del paradigma sería: la evolución ha terminado con la creación de *Homo sapiens* y, a partir de él, dejamos la biología animal y comenzamos como una nueva especie, la humana, sólo modificada mediante la civilización y la cultura. *Sapiens* juega en este relato un papel similar a Adán y Eva en la Biblia. Simplemente, Dios es sustituido por la evolución biológica de los homínidos —que evidentemente no es poco—, para que después todo siga igual.

Pero aquí vuelven a aparecer nuevas contradicciones. Si somos biológicamente iguales desde finales del Paleolítico, con los mismos órganos y, por supuesto, el mismo cerebro, debemos preguntarnos ¿qué es entonces lo que ha impulsado la evolución sociocultural a construir la historia de la humanidad? Pienso ingenuamente que, teniendo el mismo cerebro, ¿no deberían ser las sociedades y las culturas muy parecidas en el tiempo, incluso prácticamente iguales? ¿Cómo es posible que hayamos cambiado tanto con las mismas capacidades que *H. sapiens*?

Ante preguntas existenciales tan trascendentes sin respuesta clara, ha surgido recientemente como causa de la evolución humana el fenómeno de la socialización.

Algunos autores opinan que la fuerte socialización y la agrupación colaborativa que existe entre los humanos podría estar en el origen de nuestros cambios socioculturales. Bermúdez de Castro<sup>8</sup> afirma: «Nuestra especie ha dado un salto gigantesco hacia la complejidad social: en ello reside nuestro éxito, y también el mayor peligro que nos acecha.» Se ha llegado a decir en este sentido que «existe un consenso creciente entre los paleontólogos en cuanto que el origen de nuestra especie (y de la enorme capacidad memorística que la define) se forjó a la luz de las hogueras de los campamentos africanos»<sup>13</sup>. Esta hipótesis es también la que subyace en la propuesta de Harari y su pegamento mítico, así como en el reciente e importante tratado del biólogo evolutivo Joseph Henrich, *Las personas más raras del mundo. Cómo Occidente llegó a ser psicológicamente peculiar y particularmente próspero*<sup>14</sup>. El autor parece aceptar inicialmente que los cambios personales y culturales históricos van seguidos de modificaciones cerebrales estructurales. «Las poblaciones modernas son neurológica y psicológicamente distintas de las que han conformado las sociedades a lo largo de la historia y en nuestro pasado evolutivo.» Afirmaciones así estarían a favor de una evolución cerebral en el transcurrir de la historia, negada, como hemos visto, por científicos e historiadores. Pero esta impresión se disuelve en el transcurso de la lectura al observar, como el autor considera, que esas modificaciones cerebrales son producto de la evolución social y no al contrario, lo que sitúa su tesis argumental en la misma línea que el resto de los autores: el cerebro se adapta pasivamente

al entorno social, es un agente pasivo. Por lo tanto, nada de evolución neurológica ni psicológica.

Creo que por mucho que socialicemos, que nos agrupemos, que nos comuniquemos e intercambie-mos información, que por último nos culturicemos, siempre hay un agente exclusivo tras este proceso: *la individualidad*. Y es ésta el principal agente del cambio, y de la evolución de los homínidos y los humanos, y de las transformaciones cerebrales acaecidas en todo este proceso. El desarrollo de la individualidad rompe, como veremos en capítulos próximos, el mito de la carencia de evolución biológica en la historia humana. El individuo paleolítico inventa los utensilios líticos y óseos; el neolítico, la rueda, las vasijas, el poblado, la agricultura; la sociedad desarrollada, la imprenta, la máquina de vapor, la penicilina, el coche e internet. Tras cada invento hay una persona, muchas veces desconocida, en otras muy famosa, que primero piensa la idea y luego la ejecuta. Sólo más tarde se difunde en la comunidad: por el boca-oreja, en libros y tratados o en grandes congresos. Es decir, *en el principio siempre está el individuo* y luego «la hoguera». Y cada individuo tiene un cerebro, un cerebro que es el que inicia el proceso y en el cual se ubica el origen de todo. Luego, *es el cerebro el que hace historia*. Estos ejemplos que hemos expuesto están relacionados especialmente con la ciencia y la tecnología, pero el mismo proceder ocurre en cada una de las disciplinas que construyen el mundo: la filosofía, el arte, la cultura en general. Kant, con sus reflexiones andarinas por Königsberg, o

Ramón y Cajal, con su aislamiento domiciliario pegado al microscopio, construyen su pensamiento, lo escriben, la sociedad los lee y entonces sus ideas se hacen colectivas y la sociedad cambia. Picasso imagina con pasión y dolor sus ‘Señoritas de Aviñón’, que los allegados alaban y la sociedad ratifica expandiendo el cubismo, que termina por influir, como pocos estilos, en el arte de nuestro tiempo. Siempre igual: primero un cerebro individual que crea, más tarde se transmite, y finalmente la comunidad hace cultura. Y ésta es nuestra propuesta: el cerebro individual —o mínimamente grupal— es el motor de la historia de los seres humanos.

Carl Jung<sup>2</sup> dice muy acertadamente:

«Los grandes acontecimientos de la historia del mundo son, en el fondo, de una profunda insignificancia. En último análisis, sólo la vida subjetiva del individuo es esencial. Es ésta sólo la que hace la historia; es en ella donde se producen primero todas las grandes transformaciones; la historia entera y el futuro del mundo resultan, en definitiva, de la suma colosal de estas fuentes ocultas e individuales.»

Por ello hemos dedicado los dos primeros capítulos a conocer sucintamente el cerebro humano desde la neurociencia y, a partir de esto, establecer cómo el cerebro pudo evolucionar desde los orígenes paleolíticos hasta nuestros días —antes y después de *H. sapiens*—, bajo unas condiciones que, perfectamente, podemos asumir

como biológicas. Esa evolución cerebral es un proceso construido desde la transformación de las propias estructuras cerebrales, especialmente de las neuronas y de sus redes neuronales. *Sapiens* hereda todo el bagaje cerebral de los homínidos que le preceden, y después el cerebro prolonga esa actividad neuronal gestando nuevos estados cognitivos, que son la historia de la humanidad y sus culturas.

Todo esto nos hace decir que sí existe una evolución biológica más allá de *Homo sapiens*, y que tiene al cerebro como agente principal del cambio, siendo la evolución social y cultural un efecto secundario de las modificaciones neurológicas, no su causa. Se podrá decir como contraargumento que no hay cambios morfológicos ni fenotípicos aparentes en este proceso evolutivo, como ocurre en la evolución de las especies —quizá esta ausencia de cambios corporales sea uno de los motivos principales para no aceptar la evolución biológica humana—, pero ésta es una apreciación injustificada, porque todo transcurre en la intimidad del cerebro, un órgano, como queremos demostrar, evolutivo. En la antigua concepción dualista, cuerpo y alma, éste era un mero recipiente de las propiedades del alma. Esto hacía imposible construir ningún tipo de teoría evolutiva cerebral. Sin embargo, el conocimiento científico del cerebro ha avanzado mucho en las últimas décadas gracias al desarrollo de nuevas tecnologías. Sabemos que está formado por neuronas interconectadas por redes de redes muy plásticas en sus funciones. Según la teoría fisicalista del cerebro, sus propiedades cognitivas

y emocionales son procesos emergentes de la actividad neuronal, emisiones inmateriales surgidas de la actividad físico-química encefálica. Como afirma Rafael Yuste, impulsor del proyecto Brain con la administración de Barack Obama:

«Todas las actividades mentales y cognitivas de los seres humanos, incluyendo nuestros pensamientos, nuestra personalidad, nuestra conciencia, nuestras percepciones, recuerdos, emociones, comportamiento..., todo lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos, sale del cerebro. Y no hay magia. De la actividad neuronal surge la mente humana; no aparece del éter o del aire, sino del cerebro.»<sup>15</sup>

Esta concepción rompe la dicotomía cuerpo/alma y nos permite acercarnos al cerebro como un órgano posible de ser analizando. Si el cerebro emite una actividad perceptible, como son los procesos cognitivos —pensamiento, imaginación, etcétera— y emocionales —arte, religión—, podemos examinar esos efectos emergentes y deducir a partir de ellos qué nos dice el cerebro. Hoy por hoy esto no es más que una hipótesis, salvo que con una fuerte base científica. Podemos aproximarnos a la mente material mediante el estudio de sus resultados creativos: la cultura y la organización social. Y crear de esta manera un silogismo: si la historia —como dice Jung— es el desarrollo de la vida subjetiva y ésta es el resultado de la actividad neuronal, la historia de

la humanidad es el resultado de la función cerebral. Y completamos: si la historia de la humanidad evoluciona será porque la función cerebral también evoluciona.

Para complementar, y en parte explicar, la evolución cerebral, proponemos en el segundo capítulo *la teoría de la evolución de los sistemas complejos aplicada a la red neuronal*. Creemos que esta hipótesis soluciona la supuesta estasis evolutiva al llegar a sapiens, pues explica cómo continua la evolución biológica en el estado de humano y armoniza biología y cultura, dos disciplinas inconciliables en esos momentos. Aceptamos al sistema nervioso como un sistema dinámico complejo que evoluciona mediante una tendencia orientada hacia un atractor, atractor que según nuestra propuesta es la individualidad del yo. Esta individualidad le permite al ser racional alcanzar una autosuficiencia progresiva del sí mismo, desarrollando cotas continuadas de autonomía frente a su medio, social y físico, pasando de esta manera de estados gregarios arcaicos, donde la persona se encuentra muy limitada, a otros más avanzados, donde la individualidad se acrecienta.

Nuestra propuesta de evolución de la individualidad se divide en cuatro etapas históricas sucesivas. La primera comienza cuando el homínido inventa el primer instrumento —de piedra o hueso—, que traduce la existencia *ex novo* de una actividad cognitiva inteligente. Es la *individualidad prehumana*, que culmina y finaliza con *Homo sapiens*. La segunda etapa transcurre desde el Neolítico hasta la Antigüedad tardía de los siglos II y III d.C. Es el periodo de la *individualidad tribal*, una

individualidad más evolucionada, pero aún integrada en el grupo —la familia, la gens o la tribu—, con el que forma una dialéctica yo-vosotros que limita y condiciona el sí mismo. La tercera etapa se solapa en sus inicios con la segunda en el final de la Antigüedad tardía, pero resurge prístina con la cristianización de los primeros siglos y se prolonga hasta el sentir renacentista-barroco de los siglos XVI-XVII. Es la *individualidad ideológica* en la que el yo se trasciende a un mundo abstracto formado por Dios y sus referentes. A partir de la Ilustración el yo inicia un proceso disolvente de la estructura ideológica que le conduce al yo exclusivo del siglo XIX y XX. En sus inicios, el yo exclusivo sufre sucesivas desviaciones, unas debido a su inmadurez —darwinismo social, capitalismo— y otras a la hostilidad de los yos residuales —comunismo, fascismo—. Finalmente, el yo exclusivo entra en una etapa de búsqueda e indagación del sí mismo con manifiesta incertidumbre cognitiva, manifestada especialmente por la confusión moral de nuestro tiempo descreído y por el desconcierto artístico de finales del siglo XX y estas primeras décadas del XXI, que intentaremos analizar.

El seguimiento del yo en la historia, su evolución y manifestaciones en cada uno de los tiempos históricos, es el motivo principal de nuestro trabajo.

## Editorial Comba

1. Tomás Browne  
*Las semillas de Urano*
2. S. Serrano Poncela  
*La raya oscura*
3. Enrique Lynch  
*Nubarrones*
4. Juan Bautista Durán  
*Convivir con el genio*
5. Andrea Jeftanovic  
*No aceptes caramelos de extraños*
6. Rosa Chacel, Ana María Moix  
*De mar a mar*
7. Matías Correa  
*Geografía de lo inútil*
8. Rosa Chacel  
*La sinrazón*
9. Ernesto Escobar Ulloa  
*Salvo el poder*
10. Alfonso Reyes  
*Memorias de cocina y bodega*
11. Esmeralda Berbel  
*Detrás y delante de los puentes*
12. Ignacio Viladevall  
*Luz de las mariposas*
13. Tatiana Goransky  
*Los impecables*
14. Andrea Jeftanovic  
*Destinos errantes*

15. Federico Valenciano  
*Frontera con la nada*
16. Constanza Ternicier  
*La trayectoria de los aviones en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez  
*Metales rojos*
18. Rosa Chacel  
*Memorias de Leticia Valle*
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*Un nido de agujas en el colchón*
20. Tomás Browne  
*Silbar los viajes*
21. Tatiana Goransky  
*Fade out*
22. Karla Suárez  
*El hijo del héroe*
23. Daniel Mella  
*El hermano mayor*
24. Daniel Mella  
*Lava*
25. Miki Naranja  
*Palabras de perdiz*
26. Esmeralda Berbel  
*Irse*
27. Jimena Néspolo  
*Las cuatro patas del amor*
28. Juan Villa  
*Voces de La Vera*
29. Silvia Eugenia Castellero  
*Eloísa*

30. Karla Suárez  
*Habana año cero*
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*El lanzador de libros*
32. Osías Stutman  
*Mis vidas galantes*
33. Rosario Izquierdo  
*El hijo zurdo*
34. Daniel Mella  
*Trilogía del dolor*
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall  
*Epistolario*
36. Juan Bautista Durán  
*Tantas cosas dicen*
37. Rosa Chacel  
*La confesión*
38. Rosario Izquierdo  
*Lejana y rosa*
39. Flavia Company  
*Dame placer*
40. Esmeralda Berbel  
*Habitarlo todo* seguido de *Calma corazón, calma*
41. Miguel Ángel González  
*Un nublao de tiniebla y pedernal*
42. Flavia Company  
*La dimensión del deseo por metros cuadrados*
43. J. Villa, C. Ternicier, K. Suárez, A. Santamaría, A. Mayo, M.A. González, E. Escobar Ulloa, J.B. Durán  
*De la solastalgia. Ocho relatos naturales*
44. Andrea Mayo

- La planta carnívora*
45. Ricardo Martínez Llorca  
*El viento y la semilla*
46. Valentina Marchant  
*El reverso del agua*
47. Juan Manuel Zurita Soto  
*Arauco*
48. Osías Stutman  
*El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022*
49. Ana Santamaría  
*Libres*
50. Andrea Jeftanovic  
*Geografía de la lengua*
51. Juan Villa  
*Mal tiempo*
52. Flavia Company  
*Melalcor*
53. Ernesto Escobar Ulloa  
*Horizonte tardío*
54. Esmeralda berbel  
*Así es el juego*
55. Fernando del Castillo  
*La individualidad como motor oculto de la historia*

¿Cuándo y cómo pudo surgir el sentimiento de individualidad? Situado en los albores de la hominización, puesto de manifiesto en el Neolítico y desarrollado de manera continua en el transcurrir de la historia de los seres humanos hasta nuestros días, Del Castillo le dedica en este ensayo un riguroso seguimiento a partir de sus manifestaciones simbólicas en la cultura, la religión, el arte, la tecnología y las costumbres, apoyándose en los nuevos conocimientos neurocientíficos. Sostiene que existe una tendencia evolutiva a la formación de seres humanos cada vez más individualizados, más autosuficientes, que alcanza su grado máximo en los dos últimos siglos con el *yo exclusivo*. Este desarrollo lo atribuye Del Castillo a los cambios cerebrales acaecidos a partir del origen de *Homo sapiens*. Abre el debate también sobre el futuro de la individualidad, atrapada en estos momentos entre dos tendencias opuestas, y defiende la creación de una sociedad más respetuosa con el otro y con la naturaleza para la supervivencia del individuo maduro y pleno. En suma, *La individualidad como motor oculto de la historia* es un libro revelador que indaga en los orígenes del ser humano para explicarnos el presente.



Diez años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2024